



El placer de los cerdos degollados

Alejandro G. Vera

“El placer de los cerdos degollados”

por Alejandro G. Vera

“El placer de los cerdos degollados”

Soliloquio de Smith a modo de prólogo

Si soy un alma, y no un alma cualquiera, puedo decir acaso que la luna es mi amiga. Que el perro de la esquina aúlla mi nombre por las noches. ¿No es esto lo que todos sentimos?

El mendigo no quiere monedas, quiere reconocimiento. Dios, el dios de todos, quiere lo mismo que el mendigo. En un altar, en una vereda de Caballito. Limpio como una sotana o sucio y santo como el niño que muere de hambre, cada uno de nosotros grita:

“Acá estoy. Soy esto que sangra su alma en cada verso. En cada ocaso es el rojo del cielo la muerte del que hoy fui. El que ya nunca nace. Nunca más sirviente de este cuerpo. No más hojas que suenan en otoño.”

Pero un día el Dios sucio y el Dios niño nos sorprenden. Dejan el juego de querer y comienzan a dar. Entonces el pobre es rico en una casa de pobre. El amante acuña una moneda, un talento. Aquel que sufre también sueña, y los que alguna vez fueron sombra se encienden como un pájaro de fuego entre las llamas del tiempo. Para saber que el cuerpo es también alma. Qué los viejos son sabios. Qué los mudos se entienden desde lejos.

La mujer hermosa llora una tempestad discreta. Bajo un pullover roto guarda su cuerpo un desnudo de pintor. El bibliotecario mueve **un libro que es todos los libros** y nadie nunca lo lee. Es aburrido, muy técnico, dice un poeta.

Sangre de Dios en el altar del mundo, sangre del mundo en la guerra de los hombres. Sangre de hombre en la comida de los cerdos.

Un altar, **un sacrificio**. Solo yo y lo que invento en este oscuro cielo, mil estrellas y alguien me responde. Tal vez sea yo el que no entiende. Tal vez el ignorante sea **un sabio secreto**. La humildad del pájaro que canta aunque el mundo perezca. No porque tenga esperanzas, porque su ser es su paga. Ser pájaro es su paga.

Lo mismo digo yo: “**Ser yo es mi paga.**”

Aquí comienzo esta historia diciendo: “No se pierde el tiempo. Nosotros nos perdemos hasta que la muerte nos encuentra.”

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo uno “La locura”

La celda de Smith era pequeña. Tan pequeña que solo cabía en ella un universo. Smith vivía aislado de los otros universos. Todos sabemos que los hombres viven en *varios universos simultáneos*, eso no es novedad. Sin embargo, Smith padecía la *condición normal* del alma. “Mucho de algo no es bueno”, le dijo antes de morir, su padre. “Mucha normalidad no es buena” pensaba Smith. Aquí solo veo el mundo. Aquí solo ocurren cosas.

Cuando Smith despertaba, el mundo (qué palabra detestable) se formaba ante sus ojos. Él intentaba ser como los demás, percibir los otros universos. Odiaba ver a Martha pasar caminando por el aire, pisando **saltos de langosta** hasta llegar a una fortaleza en el cielo, donde ella (la gran Martha) visitaba a sus muertos queridos. “Todos pueden visitar a los muertos” pensaba Smith. Todos son dementes, o lunáticos, esquizofrénicos o artistas; solo yo tengo que ver al mundo como algo plano donde se despierta, se come, se trabaja.

A las **3 de la tarde** Smith comenzaba su guardia psiquiátrica en el hospital Pena. El primer paciente del día le dijo:

“Cada vez se venden menos casas. La gente prefiere imaginar que tiene una casa. Imaginan la ropa, los autos. Y como son muchos, entre ellos conviven. Y uno es el desgraciado que los ve ahí, como un teatro pobre: solo mímica y felicidad. Hace dos semanas que no puedo llorar. Siento un **bienestar general**. Nunca me preocupa la muerte, y lo único que hago es trabajar.”

Smith lo escuchaba atentamente. Anotando en **su libreta**: “paciente normal. Recomendando dubitativo que trabaje si es que quiere. O si se anima, que se quede en su casa, **durmiendo.**”

“¿Qué me pasa doctor? ¿Por qué soy normal? Me compré una guitarra y jamás aprendí un acorde. **Mi mejor amigo** cumplió años y no lo visité. Me siento tan bien.”

“Sentirse bien es grave.” dijo Smith. “Lo que se espera es que viva en una fantasía. Que use la amplitud de su mente. Por ejemplo, cuando vaya a comprar papas lleve el tacho de basura, y si puede haga una serie de **saltos de conejo**. Es sabido que el conejo es el animal que más universos percibe. Y persigue. Poca gente, y Pocahontas lo saben. Va a ver que en dos o tres días de fantasear se le va a pasar eso de sentirse bien y va a lograr la anhelada **locura.**”

—“¿No entiendo, doctor, por qué hay que estar locos?”

—“Es cuestión de sentido común. Los locos percibimos más de un universo. Por ejemplo, si alguien dice me duele **la cabeza**, nosotros pensamos en **Calabresa**, por algo que se llama *isomorfología de los vocablos adyacentes*. Tiene que ver con la estructura superficial, y la estructura interna del pensamiento. Cuando usted logre encadenar tantas palabras hasta que la frase pierda sentido, va a despegar. Se sabe que uno está donde está la mente. *Y la mente está en todas partes.*”

“El placer de los cerdos degollados”

—”De eso se desprende que usted es tartamudo.”

—”Solo se desprende si está maduro”, le dijo Smith, mientras le guiñaba un ojo. Aunque ese chiste no era natural. Era un guion del libro multi-universal de Tom Affleck, fundador del **orden mundial del no-infierno**.

La tarde lo encontró pensativo. Smith se había planteado una meta. Conseguir percibir los multi-universos. “Cómo empezar”, pensó, pero como se sabe, un comienzo es un no-comienzo, ya que la entidad de lo cognoscible es ilimitada y **creer que algo fundamenta otra cosa es absurdo**, tan absurdo como ver a la gente desnuda aflojándose el nudo de la corbata. La vecina tirada en un charco, con una sonrisa grande como la luna, enajenada. Ida. Smith se acercó y le inyectó dos miligramos de clonazepam. No surtió ningún efecto.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo dos

Smith estaba **preocupado**. Estaba más que preocupado. Plus cuan preocupado pensó, y le dio risa. Risa de **ardilla**. Como en la época de Julieta. **Julieta** le había enseñado a ver otro universo, o por lo menos eso creía él. Ella estaba loca, antes del *boom de la locura*. Antes de que se descubriera que **vivimos en el infierno**. Que las salchichas se hacen con desperdicios de comida. Que los empleados de McDonald's no se lavan las manos, que el tipo que entierra a nuestros muertos espera una propina mientras nosotros lloramos.

Smith buscó un **cuchillo** y se sentó cerca de la mesa. Se planteó suicidarse antes de que llegara su mujer, Rosita. “Bueno, ahora me corto las venas y listo. Ahí va a ser distinto. Ya sin cuerpo uno es libre de salir a hacer otras cosas. Supongo que se podrá ir al cielo. A ver a la gente lejana.”

No obstante, **algo lo detuvo**. Un cambio en su habitación. El techo estaba más alto. Dos metros más alto. “¿Qué es esto?”, pensó. Luego de unos segundos descubrió una pequeña sogá que colgaba de una puertita que daba a un ático. Se dispuso a subir. Al tirar de la soguita una escalera bajó **suavemente**. Subió sin miedo, como si conociera lo que vería luego.

El **oso que es la mente humana** le dio una patada. No cualquier patada. No las patadas que venden en la calle **Talcahuano**. Era una patada Yanqui. Alta calidad de patada en el culo. Sintió placer en sorber su sangre ordenada dentro de un vaso. Gasificada, con sabor a frambuesa. Una **cabra con voz de mujer** se le acercó y sin emitir sonido le hizo entender que el mapa del mundo que él conocía era erróneo.

“El mapa es erróneo”, le dijo telepáticamente la cabrita. “Ahora que **encontraste la puertita** vas a conocer los otros universos que tanto jodés y jodés que querés ver”.

Minutos más tarde, Dios echaba humo y silbaba. Su característica forma de pava atraía tanto a *uruguayos como a porteños*. La mecánica del juego estaba planteada. Smith, el doctor Smith, **estaba loco**.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo tres

¿Qué es la locura? La locura es un medio para evadirse del plano de lo real. A veces la locura se debe a una fijación de un concepto mal fundamentado, que ha quedado no especificado en una frase que compone alguna de las estructuras del raciocinio. Esto lo sabemos todos. No es nada nuevo. Nada de lo que se pueda decir: a la mierda, que deducción grandiosa ha hecho este muchacho. No es algo tampoco que impacte al corazón como un verso de Neruda. Sin embargo, es algo cierto.

La locura de Smith era la forma que tenía su mente de salvarlo del infierno. Pero para ser más enroscados, agreguemos que la locura de Smith era creer que el mundo era el infierno. Porque como sabemos, el mundo es el **mundo**, tanto si te muerde un perro, como si se mueren tus padres o te ganás la lotería. El mundo (qué palabra detestable) es el motor de la acción y actuación de los mortales.

La locura de Smith le impedía verbalizar la metáfora. Morirse de risa, era para Smith, **literalmente**, morir. Fallecer, perecer. A eso se refería con percibir otros universos. Ahora que lo escribo no estoy tan seguro, sigamos leyendo...

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo 4

Smith despertó en un hospital con las **muñecas atadas** a la camilla. Su esposa, Rosita, velaba por él a su lado. Al verlo despertar, se exaltó y llamó a un médico.

– “¡Ya está, Ya está!”, decía Rosita entre lágrimas y sonrisas.

– “¿Qué pasó?”, dijo Smith.

El médico, un tipo de **barba inmund**a, desnudo de la cintura para abajo se le acercó. “Tome este chupetín, chúpelo hasta que se acabe. Mordisqueee el palito. Al terminar estará curado”.

Un perro entró volando a la habitación. Solemne como un monje tibetano dijo:

“Yo soy Dios y te perdono. No todos los días es Santa María. Por cada treinta chapitas de cerveza se suicida un dentista...”

– “Pero... Yo no soy dentista”, dijo Smith.

– “Tampoco es un ropero, y sin embargo tiene ropas”, dijo el perro que era Dios.

– “Suen

Al **día siguiente** Smith comenzó el proceso que lo llevaría a descubrir la instancia última de la libertad.

Salió a la calle y pisando **saltos de grillo**, se fue hasta el cielo. Descansó sobre unas nubes negras de lluvia. Al llegar a las puertas del cielo un demonio de tres cuernos lo detuvo.

– “Acá se entra con zapatos, pibe”, le dijo de mal modo.

Omitiremos la escena donde Smith pelea con el demonio, y pasaremos casi al final de la historia, donde Julián pone una bicicletería, al notar que si no trabajaba iba a caer en la más triste y desesperante pobreza.

Smith llegó con una rueda pinchada a la bicicletería de Julián. Dentro se encontraba la hija de Julián, **Mayra**. Mientras Julián reparaba la rueda de Smith, Mayra y Smith copularon. Tanto tardó Julián en reparar la rueda, que Mayra llegó a parir 39 hijos, los cuales le dieron **20 nietos**.

Smith, contento con su nuevo estado de locura se dispuso a ir más lejos. Se planteó volver a su trabajo.

La mañana del tres de octubre Smith se subió a su auto y partió hacia el hospital Pena. En el camino no pudo percibir **nada mágico**. Nada del otro mundo. No le importó. Vio a una mujer caminar sobre los **saltos de un conejo**. No le importó. Recordó a su padre muerto, tampoco le importó.

“El placer de los cerdos degollados”

El primer **paciente** al que atendió esa mañana le dijo: “Doctor, tengo miedo de la muerte. No sé qué hay después de morir. Eso me angustia.”

— “No hay nada”, le dijo Smith, con una paciencia, que se parecía mucho a la **indiferencia**.

Una semana después, Rosita, la mujer de Smith **murió de pena**. Smith le dio propina al sepulturero y le echó tierra al cajón que iba al lugar de donde nadie regresa.

Smith vivió hasta los 60 años, trabajando como psiquiatra hasta que un cuatro de mayo murió de **causas naturales**. Fue enterrado y su cuerpo se pudre bajo la tierra.

Por otro lado, **Rosita** descansa sobre una nube, en su camino al cielo, donde un demonio de tres cuernos deja entrar a cualquiera, **menos a los doctores en psiquiatría**.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo cinco “Sobre Rosita”

Rosita siempre era la misma. Cuando el tren rugía cerca de la estación, Rosita era Rosita. Cuando **llovía fuerte** y ella no tenía paraguas, Rosita seguía siendo Rosita. Rosita era simple y hermosa. Cuando se dijo por transmisión mundial que el mundo era el **infierno**, Rosita fue Rosita. Pero le pesó mucho. “**Quisiera ser otra**”, pensó. Rosita caminaba a su trabajo en la villa “Las palomas”, cerca del charco de lodo, entre las calles *Concepción* y *Deceso*. Pasando la **Iglesia** del cura Vignole y muy cerca del castillo del afamado **señor John**.

Una tarde después de su guardia (Rosita **era enfermera**) se fue a despejar la mente al bar “El chingao”, que queda cerca de la Iglesia del cura Vignole. Ya en el bar pidió un whiskey: “dame un Johnny negro”, le dijo al cantinero. Rosita, además de ser Rosita era alcohólica.

Un hombre alto de **aspecto lúgubre** se acercó a Rosita (Rosita seguía siendo Rosita). El hombre se presentó: “Soy el señor John, ¿Cómo te llamás?” Rosita, un poco ebria respondió: “Decime Rosita”. **Encantado** etcétera. Después de una pequeña e intensa charla sobre el precio conveniente de la merluza en invierno, el señor John invitó a Rosita a su castillo.

Ya en el castillo, el señor John **arrinconó** a Rosita y comenzó a besarla con una delicada técnica, mientras le quitaba la ropa de enfermera. En la alcoba del señor John, luego de hacer el amor, Rosita dijo: “Me siento **rara**”.

_ “¿Qué pasa, linda?”

_ “Siento que estoy haciendo algo incorrecto”.

_ “Lo correcto, lo incorrecto, son cosas subjetivas. ¿Sos casada? Es eso, sos casada. Mmm...”.

_ “Soy viuda, y **este es el cielo**”. Dijo Rosita.

Como todos los **seres angelicales**, el señor John supo calmarla. Le inyectó una breve dosis de **tranquilina**. Rosita pensaba, y trataba de recordar, pero solo veía niebla y una **mujer muerta**. Varios caballos también muertos, un indio y un cuchillo.

“No entiendo”, dijo Rosita (y Rosita era cada vez menos Rosita y más otro ser).

_ “Estamos formados por vacío, siento vacío. **Aunque este sea el cielo siento vacío.**”

_ “No es el cielo, pesada. Es mi castillo, vestite y andate.” Dijo el señor John con un tono amable pero **terminal**.

Camino a su casa, Rosita comenzó a percibir **detalles** que nunca había notado. Las calles tenían nombres extraños. Dobló por la calle “Tronador”, agarró tres cuadras por

“El placer de los cerdos degollados”

“Cencerro” hasta llegar a “Vaca”. Lo más extraño fue cuando **caminando** por la calle “Piedras”, la misma calle pasó a llamarse “Esmeralda”.

Todo era extraño. Alguien la seguía. Un hombre con un cartel que decía “Sombra”. Sombra la seguía por todas partes. Era habilidoso, sabía trepar las paredes y deformarse sobre el piso.

Rosita tenía **mucha sed**. Tanta que se arrodilló junto a un charco y bebió agua de luna, que dicen, tiene **sabor a luna**, de ahí su nombre. Cabe destacar que la luna tiene **sabor a queso**, de ahí su forma. Y el queso tiene **sabor salado**, de ahí que se lo use para complementar pastas. Dependiendo de la variedad de queso que se use.

En el breve instante en que Rosita se estaba comenzando a parar, un perro le colocó una correa. “**Soy tu dueño**”, le dijo. Aunque tal vez haya dicho “guau” (esa mezcla de admiración y amenaza que tanto atrae de los canes).

El perro pasó por una juguetería y **le compró** a Rosita un juguete que ella misma le pidió. Era un tipo de muñeca.

Ya cerca de **la cucha del perro**, Rosita logró desatarse y salió corriendo. El perro dijo algo en francés, que Rosita no entendió porque no sé francés, pero era similar al “guau”, que en este caso significaba: “**¡Qué sorpresa!**”

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo seis

El indio dijo: “Todo lo que el hombre persigue es de **arena**. La mujer, el cielo y el dinero. Cuando se toca el presente se transforma en pasado y en arena. El miedo es el futuro. Creer en el futuro es creer en la muerte. Pero sepa usted que la muerte es pasado. La muerte fue mi amiga, y ya se fue. Por eso vivo renegando, muriendo para siempre. Para siempre dentro de un sueño”.

Claudia Steint miraba los gestos del indio que hablaba con su marido. “*I don’t like this guy*”, pensaba. No sabía una palabra de español. Su marido Paul negociaba la compra de una reliquia. Una especie de cuchillo de sacrificio que el indio atesoraba. La noche le ganó terreno al sol y de repente se llenó de estrellas el cielo oscuro como el pelo de Claudia, **lleno de luces distantes**. Paul seguía charlando con el indio. De tanto escuchar, Claudia *llegó a entender* que el indio pedía por el cuchillo doscientos mil dólares. “*It’s too much for a piece of crap*”, le dijo a su marido, con los ojos llameantes como *una hoguera infernal*. “Es muy caro”, le dijo Paul al indio.

“Ya le dije amigo, todo esto es de arena. El cuchillo, yo mismo, **todo es de arena**. Es el desierto que va ganando terreno a la vida”, le dijo el indio a Paul. “¿Y para qué necesita tanto dinero?”, le preguntó **Paul**. “Para lo mismo que usted quiere el cuchillo, para que se pudra dentro de mi rancho”.

Claudia estaba cansadísima, buscó el revólver en la camioneta y se acercó al indio. Le dijo palabras que el indio no entendió, pero viendo el rostro de Claudia el indio supo que si no le daba el cuchillo a la mujer, el que iba a ser desierto y arena era él.

Muy contentos por una ruta desolada, Claudia y Paul charlaban sobre cómo habían robado esa reliquia. Mientras Paul conducía, Claudia miraba la pieza de artesanía con **sumo interés**. “*Is it gold? You didn’t tell me that it was gold!*” dijo Claudia. “Claro que es oro, querida, mataron a más de cincuenta españoles con ese cuchillo”.

De repente se les cruzó un caballo, casi vuelcan la camioneta. Tuvieron que frenar. La camioneta se descompuso. Claudia tomó el revólver con sus manos y los dos bajaron **a ver qué pasaba** con el motor del vehículo.

“¿Qué pasó amigos!”, dijo una voz conocida para ambos. Era el indio. “Y qué le van a hacer... Puede pasar”. Dijo. “¿Qué puede pasar?”, dijo Paul **con voz de llanto**. “Que crean que ven algo y sea otra cosa. A veces la muerte tiene la figura de un potro. Vengan no tengan miedo.” El indio iluminó el campo cercano a la ruta con una linterna que llevaba. El paisaje era **exaltante**. Más de veinte caballos muertos hasta donde se llegaba a ver, según lo que alumbraba la linterna del indio.

Claudia apuntó su revólver a la cabeza del indio y disparó. Le voló los sesos. Paul fue a vomitar junto a la camioneta. “Estás loca”, le dijo. “No tiene sentido.”

Claudia, en perfecto español, mientras buscaba el cuchillo en la camioneta, le respondió. “Vos buscabas esto por algo. Por codicia, o para coleccionarlo. Pero este cuchillo sirve para otras cosas. **Te puede curar** Paul”, “¿Pero cómo, cómo hablas español y cómo sabés que estoy enfermo?”, Claudia se le acercó al oído y le dijo:

“El placer de los cerdos degollados”

“Como tantas cosas, **yo no soy nadie**. Pero si pudiera ser alguien, si me dieran a elegir un personaje... creo que sería **la muerte**. La amiga del indio.” Claudia le clavó el cuchillo en el estómago a Paul. Un cuervo bajó entre lo oscuro y empezó a picotear los ojos del cadáver fresco del desafortunado viajero.

El alba llegó pronto. Claudia miró al horizonte y vio lo que había estado esperando toda su vida. El mismo sueño que se repetía noche tras noche. Un indio clavándole un puñal en el estómago. Y su sangre como un crepúsculo absurdo, en un amanecer que fue a su vez arena y desierto. Niebla y nada.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo siete

Rosita se dedicó a **curar** a los caballos mientras el indio le miraba la espalda. Había cientos de caballos muertos en los costados de la ruta. “Vos sabés curarlos”, le dijo el indio. “*Vos sabés que yo soy un cuervo y me preocupa mucho por los caballos*”.

Rosita estaba contenta, porque había recordado lo bueno de la locura. Un árbol puede ser un **hermano muerto**, una canción puede sentarse a la mesa, un beso puede esconder el infinito, un enano con una escalera puede aspirar a ser repositor en el mercado Coto.

Besando al indio Rosita aprendió muchas cosas. Lo primero que aprendió es que **no hay que besar a los indios**. También aprendió que los que mascan tabaco dan besos horribles (por eso no hay que besar a los indios. Sí, sí es una generalización). También aprendió la tabla del ocho, que tenía medio olvidada. Aprendió canciones y aprendió lo más importante que puede aprender un loco: **Aprendió a olvidar**.

“¿Quién es Smith?”, le dijo el indio y en su cabeza Rosita llevaba un **cartel** en el que se leían sus pensamientos. Smith es un Psiquiatra, fue mi esposo. Ahora **se pudre bajo la tierra**. Eso se leía en el cartel de la frente de Rosita, pero como el indio no sabía leer volvió a preguntar: “¿*Quién fue Smith?*”

— “No es nadie.”

— “Siempre **alguien es alguien**, siempre que tenga un nombre.”

“Qué indio pesado pensó Rosita”, aunque estaba muy a gusto aprendiendo cosas nuevas del muchacho indio.

— “¡Qué sé yo no jodas!”, le dijo Rosita al indio, que como aún no sabemos, **se llamaba Carlos**.

Los días pasaban de dos en dos. Lunes, miércoles, viernes, domingo. A veces era domingo dos veces seguidas. Una tarde cuando el sol se ocultaba, el sol **comenzó a levantarse** nuevamente. Sacó un poco la cabeza y luego se escondió. Cosas raras, pensaba Rosita. Es raro estar **loco**.

El indio la llevó hasta una cueva donde tenía cautivo a un **traidor**. “Te voy a mostrar la cueva donde tengo cautivo a un traidor”, le dijo. Les llevó más de tres horas llegar hasta el **interior** de la cueva. Era una especie de laberinto que reflejaba emociones falsas. “Me muestra llorando cuando duermo, me da las gracias cuando me hace un favor. Por eso no se puede escapar de acá”, dijo el indio, aunque Rosita ya lo había leído en el **cartel** que llevaba el indio **en la frente**.

Ya en la cueva, atado de rodillas y **encapuchado**, había un hombre. El indio le dio una patada fuerte en las pelotas, y otra en el vaso. No siguió pateándolo por falta de órganos que tuvieran un doble significado, aunque horas más tarde recordaría que en el oído hay un estribo y un yunque. Era algo confuso.

Rosita le sacó la capucha al hombre: **Era Smith**.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo ocho

Smith se despertó dentro del cajón, ya enterrado. Golpeó y gritó con **todas sus fuerzas**, pero nadie lo escuchó. Pasaron varias horas hasta que desde un costado del cajón se empezaron a sentir **golpecitos**. Un miedo demoníaco asaltó a Smith. Un hueco se abrió por el que entró una ardilla con ropa de trabajo. Era un **niño ardilla**.

Como ya todos sabrán los niños ardilla rescatan a los enterrados vivos antes de que los comiencen a picar los mosquitos que habitan el **inframundo**. Así también, los *ardillines* llevan a los enterrados a su mundo infernal (más infernal que el “mundo”, qué palabra detestable).

Marcelo ardilla (así se llamaba el ardillín), presentó a Smith ante los demonios del infierno. El señor *Clauss* (hombre gordo que da regalos), el señor *Disny* (creador de la tortura para niños) y el jefe supremo, *William Shakespeare*, maestro de la pesadilla.

El **mundo infernal** era acogedor, tenía una envergadura peculiar, y en las duchas se caían mucho los jabones. La gente, los prisioneros de los **ardillines** eran gente común. No locos. Los locos van al cielo. En realidad, para qué mentir, el total de condenados (rescatados) del mundo de ardillas eran **Psiquiatras**.

“Esta es su **cama**, Smith. Aquí tendrá toda la tranquilidad que necesite. Pero no se acostumbre. Aunque estará aquí por toda la eternidad no se acostumbre”. **La ardilla** dijo esto y se fue dando saltos.

En su celda Smith se dedicaba casi todo el tiempo a leer la revista selecciones. Pasados **treinta y ocho** años de prisión, comenzó a alucinar. Podía tener lo que quisiera, ya que la mente no tiene límites.

Una tarde, ya hecho un maestro de las alucinaciones, logró abrir los ojos y **aparecer en un campo** bajo la forma de un águila. Vio correr a los caballos. Cientos de caballos y se le ocurrió que los podía cazar, por diversión. Mató a veintiséis caballos e hirió a **muchos** otros.

Smith volaba libre en su alucinación cuando sintió un peso fuerte en sus garras. Algo que lo tiraba para abajo. Después un **palazo** en la cabeza y se durmió. No soñó nada.

Se despertó **atado y encapuchado**. No podía ver nada. Alguien le sacó la capucha, escuchó una voz familiar. ¡Era Rosita!

— “¡Smith!, Mi amado... ¿Qué te hicieron?”, dijo Rosita.

— “Nada, sácame la capucha, destapame los ojos”, le dijo.

— “No tenés ojos, amigo”, dijo el indio: “Te los comió el cuervo.”

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo nueve

No **son muchos** los que conocen el secreto de la tumba del faraón Tucky, uno de los narcotraficantes más poderosos de Colombia.

Paul era un arqueólogo aficionado. Tenía el dinero necesario para comprar lo que quisiera.

Una tarde, en el bar “Churrasco” de Lanús, escuchó hablar por primera vez del **cuchillo ceremonial** del faraón Tucky. Parece ser que “el faraón” cortaba los testículos de los ayudantes que lo traicionaban. Hecha esta fama eran pocos los **ayudantes** que se atrevían a traicionarlo. Notando esta dificultad para saciar su sed de cortaduría de pelotas, el faraón dio instrucciones precisas a Natasha, **su novia**, para que sedujera a varios de sus ayudantes. Natasha era hermosa. Al poco tiempo el faraón ya tenía al menos **veinte traidores** para despuntar su vicio de cortar pelotas. El faraón tenía un ayudante indio llamado Carlos. Carlos era bastante inútil pero tenía **un talento**. Poseía un cuchillo de oro que era una reliquia precolombina. Carlos prestaba el cuchillo a cambio de **un potro** por cada testículo cortado con su cuchillo. Carlos soltaba a los potros en el campo, cerca de la ruta.

La mesera le dijo a Paul que si le interesaba conocer al **indio**, ella le podía “hacer la onda”, que es una forma de decir *poner en contacto*.

Paul estaba enfermo del hígado. La mesera lo notó, fue por esto que le comentó que el cuchillo tenía propiedades sanadoras.

Paul despertó desnudo en un pantano, rodeado de mariposas de las que beben los ojos de la gente. Procuró nadar como pudo hasta la orilla. Se tendió en el suelo y descansó. Durmió tres días hasta que el sol lo despertó.

Su celda era pequeña. Tan pequeña que nada cabía en ella. Su encierro era exterior. Su destino era estar fuera, siempre fuera de los lugares. A veces conocía a alguien en la calle, pero la amistad duraba hasta que lo invitaban a una casa, o a cruzar una tranquera. “No puedo decía”. Y ahí terminaba su historia.

Las celdas pequeñas son ideales para ratas o para piojos, pero no para seres de gran porte. Este confinamiento exterior lleva a **la locura**, motivo central de esta obra.

El lector que ha llegado a esta parte del libro se preguntará: ¿A dónde lleva este relato? ¿Cuál es el conflicto? La verdad es que lo principal es que usted lector, note que está loco. Este libro trata de eso. De develar su locura, solapada con trabajo, con bienestar.

El día que mundialmente se conoció que **el mundo es el infierno**, la gente, a pesar de los pronósticos desfavorables, se mantuvo calma. Una mujer dio cuerda a su reloj hasta que las tres de la tarde fueron las once de la noche. Un hombre pelado se arañó la cabeza y se produjo un leve **sarpullido**. Nada más grave que eso.

“El placer de los cerdos degollados”

Cuando se fundó el **orden mundial del no-infierno**, el doctor Affleck declaró:

“Todo lo que tienen que hacer es **fantasear**. El terreno del alma será la mente. El mundo puede ser un buen infierno. Así como un bienandante puede simular ser rengo, un rengo puede simular ser un caminante. Solo la mente nos limita. Hay que ser como **el conejo**. El conejo percibe muchos más de dos universos. Porque como dijo un pelotudo, la vida no es un único verso, es un poema.” A lo que todos en el mundo, antes de **matarse** y salir en otra parte convertidos en otros bichos, prefirieron adherir.

Es ahí que comenzó el tema de repartir títulos de Doctor en psiquiatría a troche y moche. Lo que no sabían los beneficiarios era que el verdadero infierno, que es la muerte, era la última morada de los psiquiatras.

Paul se propuso comprar el cuchillo **a cualquier costo**, y ese costo fue, lamentablemente su vida. Es decir, su **mente**.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo diez “Día del fin del mundo”

Acalorado como un pavo en un horno, el Dios humeante se dispuso a tocar la trompeta del final. Los Psicólogos recibieron una buena paga y los Psiquiatras “ad hoc” se **desabastecieron** de cualquier droga que pudieran repartir para inhibir los síntomas negativos de la esquizofrenia. Desde los ojos de Smith (es decir desde su ceguera), se veía al indio y a Rosita, pero también se veía la prisión y **las ardillas**. ¿Cómo elegir cuál es la realidad? ¿Qué es real? ¿Importa acaso?

Un trueno se escuchó **en todo el mundo** (qué palabra horrible). Y los actores cesaron de actuar. Las computadoras se apagaron para siempre. El camino al cielo se cerró por **un alud** y las moscas se pusieron más pesadas que nunca.

A Chile lo tapó una ola pequeña, su población pereció. ¿Dejaron de existir? No. **Nadie jamás deja de existir.**

El demonio supremo se presentó ante el banco mundial y pidió hacer un retiro de sus fondos en billetes de cien dólares. “Recuerde que este tipo de retiros **implica una pérdida** del diez por ciento del monto total del retiro”, le dijo la empleada con cara de **mala siesta**.

El demonio **Clauss** comandaba el mundo. Mandó construir torres **panópticas** para vigilar a los hombres. Toda acción era castigada. El bostezo era reprimido con balas de goma. La mujer lúbrica era llevada a cenar y luego **al cine**, los osos eran acariciados por niños de manos pesadas. Todo era **malo**.

Se dejaron de percibir los diez mil universos. La gente que saltaba de sirena en sirena **cayó en la cuenta** de que estaba borracha o drogada. El hombre que había recompuesto su vida después de una pérdida fatal se entregó al alcohol. **El alcohol** que era usado para sanar heridas se sintió ultrajado y llevado al terreno escabroso de los viñedos y los borrachos. Después de un tiempo de locura **el alcohol** se acostumbró a las tetas de las prostitutas y diseñó un moderno plan para abstraerse del vicio y ser la **budeidad** misma. Luego recordó que no era una entidad consciente y se **extinguió para siempre**.

Las mujeres solitarias **escupieron** las flores de los *enamorados perdedores*, y los necios dejaron de jugar a la quiniela. Era el fin del mundo. Esa tarde en la nacional salió el *seiscientos sesenta y seis*. “La puta madre” se escuchaba por la calle. “Lo agarré con cinco pesos”. Las empresas comenzaron a **dar trabajo**. Se abrieron las exportaciones y **Dios** ofreció panes para los que mueren de hambre. Era el fin del mundo.

El indio le dijo a Smith: “Por qué me traicionaste... tuve que hacer esto.”

Smith no sabía qué decir. Ya no sabía en qué universo estaba. Apretó los dientes y contuvo la respiración hasta desmayarse.

“El placer de los cerdos degollados”

Smith despertó en un cuarto. Arropado y sintiéndose bien. Una manta con dibujos de **animales** lo cubría. Una madre amorosa entró a darle las buenas noches. “Estoy loco”, pensó. Y estaba contento. Pensó en quedarse en esa realidad. Le gustaba comenzar de cero.

La mañana siguiente se levantó a **desayunar** y vio que su padre era él mismo de grande. Un hombre ciego, postrado en una silla de ruedas. Solo babeaba y decía algo que no se distinguía. Como un “meauuu” de gato pero **más agudo** y para nada agradable.

En la escuela Smith encontró a **Rosita** de niña y al indio Carlos. En el recreo les comentó: “Chicos estoy loco, necesito ayuda.” Los tres hablaron con *la directora*. Esa tarde lo llevaron con un psiquiatra que, luego de una serie de preguntas y tests dijo que **efectivamente** padecía un cuadro de esquizofrenia y debía ser internado.

Al día siguiente, entre lágrimas **de su madre** Smith fue llevado al hospital Pena donde se lo ató a una cama y se le dio una serie continua de electroshocks para traerlo de nuevo al **plano de lo real**. Para que comprendiera el sentido del bien y del mal. Para que los demonios no le consumieran los ojos; pero principalmente para que, bajo ninguna circunstancia se convirtiera en un **psiquiatra**.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo once “Giselle”

Giselle **no soportó**. Giselle era escritora. Cada día hacía una marca en su pared, para tener noción del paso del tiempo. Pero el tiempo no tenía la **prolijidad** de los relojes ni la compostura de los afinadores de piano. El tiempo de Giselle era relativo. A veces jugaba a la pelota con sus amigos y un día era una eternidad, y la alegría le duraba dos semanas. Pero otras veces un día duraba lo que dura una vida y el hastío la hacía contemplar el suicidio. No el suicidio tradicional, un **suicidio interno**. Tal vez una cancelación de la ilusión. Giselle, en esos días grises pensaba en **no volver nunca**.

La mente de Giselle era un palacio. Había reliquias de su infancia, ilusión y fantasía. Giselle se **enamoraba** de detalles. A veces un muchacho le daba el asiento en el tren y ella soñaba con él por meses. Giselle era una mujer intensa que esperaba. Yo la defino así. Giselle era alguien que esperaba.

Giselle fue asignada como abogada defensora de los demonios del inframundo, el día del fin del mundo. Este gran acontecimiento la puso muy ansiosa. “En general pasan pocas cosas” pensaba, “pero hoy es un día importante”.

El mundo se caía a pedazos y Giselle estaba ilusionada nuevamente. Otra prueba de que el mundo no es el infierno, o por lo menos no para todo el mundo todo el tiempo.

El juicio fue en el hall del Cielo. Algo informal. Dios, un acusador y una guillotina. Giselle estaba hermosa y preparada. El juicio comenzaba.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo doce

Antes del juicio Giselle se fue a mirar una última vez en el espejo del baño. Cuando miró notó con asombro que estaba llorando. Miró sus manos y estaban llenas de sangre. Salió del baño y, en vez de salir al hall del Cielo, salió a una casa desconocida. Una mujer yacía muerta, apuñalada. Con horror notó que era su madre. Sintió peso en su mano derecha y supo que tenía unas tijeras. Todo fue muy claro entonces. Ella había matado a su madre.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo trece

Los hombres que vigilan me pidieron que no diga nada. Es por eso que hablo en código.

Código.

Código.

Código.

Usted entiende, usted es **perro**. No carece de capacidad de asombro. Sabe babear y comer huesos. Sabe correr a los gatos. Usted me entiende.

“Yo no la entiendo **Giselle**. Yo no soy un perro. No soy Dios. ¿Cómo Dios va a ser un perro? Usted está loca.”

Le cuento un **secreto**. Yo guardo muchas cosas. Los martes a la tarde saco mis rencores y armo un rompecabezas que forma la cara de mi **primer amor**. Tengo pastillas para la tontera, y si un novio no me pasea por San Miguel **comiendo un helado**, lloro tan fuerte que mis lágrimas provocan una inundación en Santa Fe.

“Objeción su señoría, cualquier **cosa** provoca una inundación en Santa Fe.”

Eso no importa. Nada importa. Solo importa lo que importa y como **nada importa**, nada importa. No sé si me entiende (ni me importa).

“Pido permiso para **acariciar** a los gatos.”

“Permiso concedido. Cinco minutos para jugar con los **gatitos**.”

Eso es realmente absurdo.

“Lo absurdo es que se llame **Giselle** y no Gisela.”

“Pido permiso para que la acusada sea llamada Gisela.”

“Permiso denegado. Puede volverse más loca si se le cambia el nombre.”

“A ver Giselle, **cuenta** como ocurrió todo”.

Bueno su señoría, yo estaba **preparándome** para el *fin del mundo* y entonces...

“Objeción, Gaspar, Baltazar... ¿Qué es el fin del mundo?”

“No lo sabemos, el diccionario solo permite buscar la palabra fin, o la palabra mundo, pero no *fin del mundo*.”

No escuchan las trompetas. Son necios. **Gracias** por traer a los gatos. Los gatos entienden.

“El placer de los cerdos degollados”

Entonces pasó algo maravillosamente extraño. Los gatos tomaron el control. Un gatito pequeño saltó a la cabeza del Dios perro y lo retuvo. Los otros gatos redujeron al resto de los vigilantes y los metieron en una cajita de fósforos.

El gato mayor, que se hacía llamar **Lorca** tomó la posición de juez supremo y le dijo a Giselle:

“Sweetheart, contanos como fue todo y te **vamos a creer...**”

Lo que pasó es lo siguiente:

El Dios perro quiso crear una **sensación de culpa** en los humanos. Mandó a su hijo a la tierra a morir para expiar los pecados de los hombres. Algo que si bien ayudó, por otro lado llenó de culpa los **corazones**. Y un corazón con culpa, usted sabe, es un corazón débil. Entonces el hombre comenzó a acumular ego. Todo era pasión y ego. Todo lo que hacía eran acciones para un **auditorio**. Para que papá estuviera contento, para que mami ya no se **emborrachara**.

Entonces un día el mendigo pensó: Es mejor pedir perdón que pedir **permiso**.

“Y ahí comenzó esto...”

Claro su señoría.

Entonces la diosa se frustró y pidió un sacrificio. Fue cuando el mundo se transformó en un infierno. Pero se preguntará qué es el **infierno**. El infierno es el lugar donde están **nuestros temores**. El infierno está dentro de nuestras cabezas.

“¿Y quién es la diosa?”

Afrodita. La única que sabe la combinación de la caja fuerte y el ingrediente secreto de la **salsa secreta**.

“O sea que McDonald’s vende carne podrida.”

Hay gatito. McDonald’s nunca vendió carne. Como decía, la diosa pidió este **sacrificio**. Pero lo que ocultaba el sacrificio era la posesión de la herramienta más poderosa del universo. La **mente** del hombre. La gente generó sus propios universos, con sus propios dioses, sus propias reglas. Y ya no importó ser pobre, o **dar todo a la caridad**. Y eso al papa no le gustó. Entonces fue cuando mandó a los trompetistas. Los ángeles del rocanrol...

“Ahora todo tiene sentido.”

Giselle se desvaneció y unos doctores la llevaron en una ambulancia al hospital Pena.

Capítulo catorce

Giselle **despertó** en el hospital Pena. Cansada, recuperándose del desmayo. El Doctor Smith la observaba con **minucia**. Giselle preguntó: “¿Qué es la muerte?”. El doctor respondió: “Esto que estás viviendo es la muerte.” Giselle parecía más **confundida**. “*La vida y la muerte ¿Son lo mismo?*” El doctor le dijo: “Cuando uno está en la muerte, la muerte es la vida. Y ahí donde era la vida es la **muerte**. Luego cuando morís, lo que era la vida es la muerte. Todos los vivos son muertos. No es gran cosa.”

Giselle se alteró y comenzó a gritar. Entre dos **enfermeros** la calmaron y le inyectaron diez miligramos de tranquilina.

El doctor **Smith** apagó la luz y encendió un proyector. Primero le mostró imágenes de operaciones de corazón. Luego filmaciones de prisioneros torturados. Había también una filmación del momento en el que caía una bomba en una **iglesia** y la gente se despedazaba *entre fuego y humo*.

Giselle comenzó a llorar. “¡Basta!”, gritó.

“Está curada está curada está curada...”, decía una voz grabada.

“Está curada está curada está curada...”, y un perro aullaba su nombre en idioma de perro.

“Estoy curada”, dijo Giselle. Se vistió y se fue.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo quince

Sobre la **bicicletería** de Julián:

Julián no conseguía trabajo. El clima de recesión era terrible en Argentina. Probó vendiendo “chipá” pero no llegaba a cubrir los gastos básicos de su familia. Julián era un **joven** adulto que vivía con su hija Mayra. **Mayra** era una chica fácil. Cada amigo de Julián pasaba obligatoriamente por la cama de Mayra.

Cuando Julián no pudo más invocó al Diablo. Un *niño ardilla* se le apareció:

“Qué pasa. Dice el Diablo que está ocupado, que qué querés.”

Julián respondió: “Quiero vender mi alma, **necesito** un trabajo”.

“El trabajo de vendedor de almas no tiene mucha salida en este momento, pero te puedo hacer una carta de **recomendación**.”

“Excelente”, pensó Julián y **la ardilla lo leyó** en el cartel que todos llevamos en la cabeza.

Con la carta de recomendación en las manos, Julián pudo pedir un préstamo para poner su bicicletería. “**Bicicletería Julián**”, le puso como nombre. Y estaba contento, porque **no todos los días** se pone nombre a algo. Ese es un don que solo tienen los poetas.

Cuando Smith llegó con su **bicicleta Jaguar**, Julián sabía poco y nada de reparación de bicicletas. Consciente de la facilidad de acceso de su hija Mayra, invitó a **Smith** a pasar al fondo. Julián tardó cuarenta y tres años en reparar la bicicleta de Smith. A Smith **le importó poco**. Mayra descubrió que a veces es fundamental conocer métodos anticonceptivos, a menos que se quiera poblar la Patagonia.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo dieciséis “Apocalipsis”

Desde el **cielo** cae un rayo que desvirga las flores de la desconfianza. Ahora todos son consumidores. Todo lo que el mundo quiere lo tiene. El mundo, esa palabra tan desagradable. Sentado sobre el vómito de un niño, viaja Dios en el tren de la desvergüenza. Como quien parió a un **basilisco**, su pecho se ensancha de placer al ver el mundo, su creación, arder.

Cuando Smith cantó todos callaron. Smith, el psiquiatra de todos. Todo el pabellón lo escucha. **Smith** teje historias en un telar de sueño. Sus historias son fantásticas. Muy semejantes a la realidad de los pacientes del hospital. Giselle lo escucha atentamente. La mente es algo **extraño** a veces. Cómo todo parece estar relacionado, y uno ve un huevo frito y ve la plaza de mayo y ya se está **imaginando** al huevo frito en verano paseando por la plaza. Decrepitud de lo imaginable. Los multi-universos plagaron las mentes de patrañas. Rencores **parecidos** al amor. Asesinos por cariño. Seres hostiles, dulces y maniáticos.

En una habitación que no es está, alguien planea un robo. Prometeo o tal vez un don nadie, planea obtener algo más que migajas. Y nosotros durmiendo. Haciendo cosas. Allá en el monte se prepara la **guerrilla**, en el infierno las huestes de Satán afilan los cuernos.

¿Cómo se evita que lo que uno piensa sea pecado? Todo es pecado. Ahí está el secreto. Para vivir hay que **pecar**. El que quiere vivir sin pecar peca de **soberbio**.

Giselle miraba a los locos y anotaba cosas en la libreta de la mente. “Aquel loco es lindo, parece dulce”. Y las horas que eran de arena, como decía el indio Carlos, pasaban dejando un desierto de cadáveres dignos. Todo **hecho de arena**. Cada paso un último paso. Cada prisión una narración de lo que el cuerpo detesta.

De repente un loco se paró y dijo:

“Usted doctor. Usted está loco. Más **loco** que nosotros.”

“Puede ser Luisito,” dijo el doctor Smith, “lo que pasa es que yo no tengo síntomas.”

Qué será un síntoma para este idiota, pensaba Giselle. El doctor lo leyó en el cartel que todos llevamos en la cabeza.

“Un síntoma, para los que no lo **saben**, es la exteriorización de una afección interna. Es lo que permite al acusador acusar y al culpable ser condenado.”

La tarde era gris y llovía.

Giselle pensaba más y más...

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo diecisiete

Giselle se empezó a enamorar de Smith. Smith tenía algo que le parecía atractivo. Más allá de lo que piensan todos sobre los doctores, era algo en su mirada. Como si comprendiera la locura por propia experiencia.

La tarde del 4 de julio se lo dijo. El doctor pensó muchas cosas. Mientras el doctor pensaba Giselle lo avanzó y le dio un beso en la boca. Luego se abrazaron por un rato. El doctor estaba confundido. Le gustaba Giselle pero no era correcto tener relaciones sentimentales con los pacientes. Además no quería engañar a Rosita.

“Lo nuestro es imposible, Gi”, le dijo. “Mañana te voy a derivar con otro profesional.”

Giselle parecía insensible. No le molestó. Pero algo muy dentro de ella le decía “Buscá un cuchillo y cortate las venas.”

La vida de Giselle era bastante triste, tenía de sobra motivos para suicidarse, pero el rechazo amoroso era el motivo más fuerte que había experimentado. Un tigre salió de la alacena. Giselle lo merendó con aceitunas. Se sirvió un vaso de vodka y brindó con doscientas pastillas de clonazepam a la salud de Smith.

“Ya sabemos por qué los psiquiatras no van al cielo”, pensó antes de dormirse para siempre. O por lo que tarda en volver a cero el universo.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo dieciocho

El camino del cerdo es triste. Vive en la suciedad, añora el alimento del amo. Y sabe que un día, el mismo que le da de comer le va a cortar el cuello. Todos los cerdos, todo el tiempo piensan en eso. No hay un momento de claridad en la vida del cerdo. Sin embargo, antes de la muerte, el cerdo tiene un momento de paz.

Cuando el cuchillo afilado del gaucho le corta suavemente el cuello, el cerdo grita, pero no es un grito de dolor. Es un grito de libertad. Es el grito del día esperado. Cuando la sangre cae en el suelo o en una bandeja, el cerdo se va, y ve algo que nunca vio. Ve a un hombre vestido de blanco, ve a su dueño, para ser más preciso.

El cerdo ve a su dueño y lo ve morir. Porque todos, en algún momento morimos. Y el cerdo, ahí sobre la falda de su dueño lo sabe. Y es en ese momento más sabio que el más sabio de los hombres. Y el vientito en el cuello abierto lo hace gritar. Porque la venganza da placer. Eso es lo que entendió Giselle cuando se suicidó.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo diecinueve

Un nuevo orden nace. Es el pasado una mezcla de recuerdos. No es nada en realidad. Una mujer descalza camina sobre vidrios. Un hombre se prende fuego en Turquía. La madre pájara le da de comer tripas a sus pichones. El doctor Smith vive o muere. Paul es asesinado por Claudia. Un potro corre por lo oscuro, un hombre que pide monedas pide reconocimiento. El final está cerca. El final que es de fuego está muy cerca. Un arma detona una bala y el doctor Smith sobrevive a un ataque. El doctor muere de viejo a los sesenta años, o de causas naturales.

Quién sabe qué es el mundo. Tal vez alguno de ellos sepa acaso algo sobre otros mundos. La verdad es la más cruel. Es el cerdo el inmortal. El cerdo no cuenta los días como Giselle, ni conoce muchos universos. Si es el fin del mundo o el día del enano, para el cerdo es lo mismo. Para el cerdo cada día es agonía. Cada día piensa que su amo, el que lo alimenta, va a venir a matarlo. Cada día más cerca del placer. La concreción de la fantasía. Ver la muerte del amo. Esa perla entre la mugre. Ese regalo inesperado. Y el placer del cuchillo es el cielo del cerdo degollado.

Cuando Dios hizo las historias no pensó en los finales, pero el cerdo solo piensa en finales. El placer final. Sin espera.

“El placer de los cerdos degollados”

Capítulo final

Smith **esperaba** sentado en su celda. Los universos pasaban delante de él como en un catálogo. Junto a él había una ardilla. “Tu sentencia está completa, podés irte” le dijo la ardillita. Tan fácil como eso. **Uno** cree que algo es para siempre y de repente se encuentra con que la eternidad tenía un final. Y ahora que va a hacer Smith. El Psiquiatra Smith. Doctor. Condenado.

Giselle subía por unos saltos de grillo hacia el cielo de los poetas, en la puerta había una larga fila. “Para pasar se tiene que decir una poesía, improvisada” escuchó al pasar. Tenía tiempo. Pensó una **temática** que pudiera agradar a Dios. El amor. La muerte. El amor a la muerte. La santidad. La **maldad**. “Si es sincera va a estar bien” pensó, pero en realidad no sabía. Ya había pasado por el cielo y había sido una alucinación. O tal vez esto era una alucinación.

Un ángel la reconoció en la **fila** y la hizo pasar “de onda” (que significa que la hizo pasar como un favor).

A ver, dijo Dios (Dios era un perro) quiero escuchar su poética.

Giselle palideció. ¡La poética! Ni **siquiera** sabía qué era la poética. Que Dios fuera un perro fue mucho para ella.

Comenzó así:

La vida de cristal era una sola
La vida con sus caras y sus formas...
Una muerte una **luz** una perdida
Clave para amar entre la nada.
No ser nada, no ser alguien.
El pez que vuela es sabio si vuelve al agua
Es su prisión su coraza y su corazón.
Tan prisioneros somos de las pasiones
Que por amor matamos o morimos.
Es el amor la fuente donde bebe la maga
Que **encendió** las estrellas.
Ellas son la promesa que la noche devela.
El cielo azul **miente**, el sol oculta.
La oscuridad es verdadera.

“El placer de los cerdos degollados”

“Momento”, dijo el **perro**. “No sé, no es ‘guau’, pero puede pasar. Pónganla en la jaula pequeña, la de los sanos.”

Giselle despertó en una jaula como de pájaro. Los perros la miraban, le pedían que recitara poesías. Aguantó dos días así, para luego perder el apetito. Cada día más flaca y más prisionera de la rutina. Cada día odiaba más al Dios perro, cada día estaba más cerca de la locura.

Smith estaba loco. La verdad es que estaba internado en un hospital neuro psiquiátrico. Nadie lo iba a ver. La **primera** vez que lo visité, lo diagnosticué como esquizofrénico. Me pidió comer mi conocimiento para alcanzar el Nirvana. Era obvio que estaba loco. Mi conocimiento no alcanza para llegar al **Nirvana**.

Ahí donde vuela el mar descansa una tormenta. Ahí donde los locos hablan las verdades del alma crecen flores. Todos somos **espectros** de algún ser abstracto que nos mira. Cada paso que damos es sentencia de una hormiga y camino de una sombra.

Allá donde las luces mueren todo es sombra. Ésta es mi despedida.

Quizá sea más fuerte en el retorno, cuando la luna cambie mis verdades por asombros. Mis tristezas serán flores para los **muertos** alegres que cantan en la espera celeste del engaño.

Toda la tropa de gatos me defiende. No soy **nadie** más que un personaje oculto. Me llaman la muerte.

Detrás de cada cuchillo está mi mano, a todas las **armas** yo las disparo. Mi esperanza es verlos quietos, idos. Para cuando acabe con todos seré libre.

Ahí donde está el que lee está la muerte. Pero **también** la vida. Hay caminos ocultos de esperanza. Porque nada termina nunca, nada comenzó nunca. El mundo es continuo. El mundo el universo los universos las vidas...

“El placer de los cerdos degollados”

Miento mi edad para no caer en la **notación** científica. Treinta años tiene la muerte. Con esa experiencia alcanza para besar al rico y al miserable que come basura. Al santo que se ofrenda y al demonio que rescata cadáveres del **cementerio**.

Los túneles secretos dan al río. Un río que da al **mar**. El mar es todo.

Giselle enamorada canta enjaulada en el cielo. Smith, como un fantasma recrea realidades en una prisión que es su mente. El indio Carlos, tan gil como lo ven no muere nunca. Este es mi mayor alago para el indio **Carlos**. El que no muere nunca. Nunca beses a un indio que masca tabaco, me decía mi madre. Mi madre negra de tanto matar, fría de tanto invierno. La mente de un personaje no **refleja** al autor, es el autor el ser en el que habitan los personajes.

Giselle esperando a un gato redentor. Un **gato que atrapa** a un pájaro enjaulado. Para liberarlo. Tristeza de las prisiones y esperanza de los necios. La esperanza es la que genera la vida. Sin esperanza veríamos el infierno al instante. Sin la esperanza los halagos del amor serían el llanto de las madres que pierden a un hijo. Un dolor sería fatal, un beso sería la muerte. Yo sería un beso. No tendría **sentido**.

Es la esperanza mi mejor arma. La uso para **cultivar**, así como uso la duda para sembrar muerte.

Todo lo que ocurre pasa por el **hilo de la vida**.

Todos los que viven son compañeros de la muerte.

Giselle espera a un gato que la **salve**.

El doctor Smith es evaluado nuevamente. Dice no sufrir más. Dice estar desencantado. Parece saludable. Mañana lo liberan. **Volverá** a su antiguo puesto de psiquiatra.

En el cielo Rosita se acerca a la jaula de Giselle. Con disimulo le da una llave que es todas las llaves. Por la noche Giselle escapa. No sabe a dónde ir. Dónde quedará el infierno. El infierno y el cielo están en la mente. Ya lo sabe. Así que se acuesta **cerca** de un árbol de cerezo y se queda profundamente dormida.

“El placer de los cerdos degollados”

Un gato la despierta. Tomamos el cielo le dice. Sos libre. ¿Y el Dios perro? El verdadero Dios estaba prisionero. Ya lo liberamos.

El gato le entrega a Giselle una **espada** mágica.

“¿Para qué es esto?”, le pregunta **Giselle** al gato.

“Se acerca una guerra.”

La batalla final es con **espadas** y con **fuego**. Giselle en el monte Sion, contra el dragón. Contra su locura. Giselle escapando de sus ideas. En el infierno del pensamiento.

Un gato que la cuida, la mima, la **consiente**.

De repente despierta. Es una sala de hospital.

— “¿Por qué hiciste esto hijita?”, le dice la **madre**. Sus amigos también están ahí. Todos lloran.

— “Casi te morís”, le dice *Juancito*.

Casi no es algo que cuente, piensa Giselle, y a cada momento se pregunta si será esa la realidad. Una realidad donde uno se pueda **parar** sobre algo firme, donde un amor dure más de lo que tarda en vencerse un remedio o una **manteca**.

“Me voy a casita”, dice Giselle, mientras un **perro blanco** entra a la habitación y la mira con ojos de **locura**.

“El placer de los cerdos degollados”

Post alucinación

Habla **Giselle**:

Es el **sueño** el motor de lo que quiero
Pero lo quiero solo por capricho.
No es tan cierto como lo que sueño
Lo que el mundo para mí ha forjado...

Cada mirada es un desafío.
En cada **esquina** hay una pregunta,
Quién como el cerdo puede deleitarse
Con el amo **traidor**, y con su muerte.

El árbol de la reina pasa inadvertido.
El árbol **pobre** es asediado por las moscas.
Todo lo que genera ganancias es esclavizado.
Es el hombre prisionero del hombre
De su máquina **quieta**, de su ego infinito...

La muerte no me muestra otras verdades
Es la muerte solo **compañía**.
¿Hay acaso una verdad que pague **más caro que la vida**?

El perro entró a la habitación y eso angustió a **Giselle**. El personaje desistió. Se quitó la máscara. Era ella a cara desnuda. Como nadie, mostrando sus gestos de desdén o de alegría. El no pudor de los músculos obscenos del **rostro** de una niña.

¡La batalla es ahora dijo el gato, en guardia!

Giselle se dejó ganar.

Pero un hombre miraba desde debajo del escenario. Se acercó a la obra y dijo:

“El placer de los cerdos degollados”

“Quiero ver la sangre, falta sangre.” Era **Shakespeare**.

Así se vive, sangrando. Luchando. Cobardía la del cerdo que espera la muerte. Nunca esperen la muerte aunque la presientan, aborrezcanla. Es detestable ese ser de frío y llanto. Quiero prestar la llave de los sueños al lector ardilla, al que presiente su final y al que no se sabe cuerdo o demente.

“Hay una forma” dijo el doctor Smith. “Qué tal si ya no soy doctor, ni Smith, ni entidad, ni persona, ni nada. ¿Y qué pasa si el mundo es un teatro?”

Pero esa idea es trillada y es absurda, aunque cierta no se debe nombrar **nunca**.

Nunca nombres al público en una obra. Nunca nombres al lector. A ese que mira lo que vivimos, que se ríe de nuestras desgracias. Aquel que ha comprado nuestras vidas empaquetadas en letras en un libro.

Desprecio a los que observan y no hacen. Muerte a los panópticos del mundo. A los que **vigilan**.

Giselle llegó a su casa y se puso a escribir. Estaba muy animada. Notó con sorpresa que el techo estaba un poco más alto que lo normal, unos dos metros más alto. Notó también que una soguita **bajaba** de una puerta que daba a un ático.

Tiró de la sogá y una escalera bajó **suavemente**. Subió como sabiendo que nada podía herirla ya. Se adentró en otro mundo, un mundo **matemático**. Donde cada cosa tiene una explicación. Donde los seres piensan lo que hacen. Ahí donde los días transcurren de a uno a la vez. Un lugar donde se puede vivir el **presente** sin esperar que aparezca un perro volando. Dejó de ver el infierno. Salió del **infierno** y la puerta de salida estaba justo arriba de su cabeza, en el techo de su **pieza**.

“El placer de los cerdos degollados”

Palabras finales para Smith

Smith era un **muñeco**. Dios jugaba con él. No era real, era una práctica de persona. No existía. Sin embargo tenía consciencia.

“¿Qué se hace con alguien como yo?”, se **preguntó** Smith mientras ataba la soga al tirante del techo de su casa.

“Ya no está la puerta que da al **ático**. El milagro es una vez. No hay milagros todos los días. Hoy voy a morir.”

Rosita llegó de su guardia cansadísima. “¡Pero qué hacés, **estúpido!**”, le gritó.

_ Es que no puedo más.

_ ¿Qué no podés?

_ Vivir.

_ Vivir ¿**Cómo**?

_ La vida, la tristeza, la soledad, la pasión.

_ Me parece que sos un **pelotudo**, sin embargo te amo.

_ Yo no te amo.

_ Ah bueno, entonces me voy y **matate** tranquilo.

Rosita se fue llorando.

Smith, parado en un banco con la **soga** al cuello.

Smith llorando y **tambaleando**.

Smith colgado.

Media hora de **agonía** y finalmente la muerte.

La muerte entró por la ventana. Lo *descolgó* con paciencia, y se lo llevó en un bolso de mano.

¡No pesa nada!, *pensó la muerte*.

“El placer de los cerdos degollados”

Y ahora se **preguntarán** a donde fue Smith. La respuesta es la que dio el mismo Smith a uno de sus pacientes. Después de la muerte no hay nada. Menos que nada sería un consuelo.

Un botón suelto en una **camisa** sería algo. Pero no para el doctor.

Una muerte más para Smith. Hasta que el universo vuelva a cero.

La muerte por otra parte tenía **mucho** por delante.

Empezó a tararear la canción que cantaba cada vez desde hacía treinta años, la misma canción de cuna para muertos. La canción de los mares que vuelan.

La muerte:

Piedras llevo en mi destino.
Piedras que nos son camino.
Sé volver por donde vino,
El que quiso estar **conmigo**...

Pienso y sueño un ser alado,
Tal vez un águila un día
Me cumpla mi **fantasía**
De matarme para siempre.

Cuando la muerte no está
Los niños **juegan** a ahogarse
En el río Paraná...

Cuando la muerte no está
Los niños juegan a ahogarse
En el río **Paraná**...

“El placer de los cerdos degollados”

Entonces la muerte, por ser más **rápida** tomó la forma de un potro. Corrió por diversión junto a los potros del indio Carlos.

Repentinamente sintió una garra sobre la cabeza, y un tirón del hocico. Un águila la había matado. En sus instantes finales pensó:

El cerdo siente placer, por eso su carne es rica. Toda la muerte es placentera. La muerte de la muerte mil veces placer. El **infierno** del infierno, lleno de aires acondicionados. La gente procurando ser feliz, mostrando sus miserias. No en sus ropas, en sus muecas. La tristeza se nota en las caras. *De cien habrá uno* que sabe disfrutar la vida. De mil ninguno.

El águila era la muerte de la muerte, el indio era la muerte del águila. Por esto es que dedico esta obra al Indio Carlos. **Porque** de todos fue el único humilde.

En el cielo los gatos tomaron el poder. Con el nuevo orden ya instaurado, los gatos permitieron entrar a todos, incluyendo a los perros. El inframundo tuvo un período indefinido de recesión y la muerte fue **remplazada** por la muerte teatral, que es metafórica.

Todos los viernes **Giselle** visitaba las tumbas de Rosita y Smith. Seleccionaba las flores más bellas y las llevaba al **cementerio**. A veces lloraba, no de tristeza, solo para dar un toque dramático a la escena del cementerio.

Cuando **Giselle** cumplió treinta años pudo comprar su casa. Trabajó algunos años como secretaria en una empresa, hasta que logró ascender dentro del partido político en el que **militaba**.

A ella le preocupaban los usuarios, me decía. “*Los usuarios son muy maltratados.*”

Es por esto que comencé esta novela. Para hacer llegar un mensaje a Giselle. Para que sepa que **no está sola**. Nadie está solo nunca.

Tal vez el **mundo** nos escupa en la cara, es verdad. Tal vez la muerte nos quite a nuestros seres queridos. Bueno. Pero Si somos **capaces** de apreciar nuestros talentos, no saldremos dañados de esta escena. Es un sueño la vida, o una prisión, o la locura, o todo eso junto.

Un ciego vende redención a voluntad de los **condenados** del tren San Martín.

“El placer de los cerdos degollados”

Un hombre pobre **ahorra** para comprar una guitarra. Años más tarde escribe la canción más bella de la **historia**. Solo la conocen su *esposa y su hijita*.

Dos uruguayos cruzan nadando el Río de la Plata. Una **mosca** espanta a otras moscas porque le cae simpático el cadáver de un perrito recién muerto.

Hay verdad en el dolor. Hay sangre de Dios en el altar del **mundo**. Hay sangre del mundo en la guerra de los hombres. También hay sangre de hombres en la comida de los cerdos.

Pero tarde o temprano nosotros nos **comemos** a los cerdos. Aunque el placer sea mutuo. Aunque el cerdo presienta nuestra muerte. El placer del **cerdo degollado** es un placer abstracto, una imaginación acaso.

Nada como las costillitas de cerdo que hacía la **abuela**. Cuándo volverán esos días. No lo sé. No sé si volverán. Tal vez el tiempo nos devuelva al **pasado**. Tal vez si uno sabe pisar el presente con otros ojos se pueda revivir en recuerdos a los que se fueron. Tampoco lo sé.

Un niño escapa de un violador en Núñez. El violador es **muerto** a golpes por los vecinos.

Un rescatista encuentra una moneda de medio dólar y aprende automáticamente a hacer magia. Ahora se dedica a eso.

El mundo es ancho y vasto.

Dos seres pueden lograr que el universo se reproduzca o que el mundo sea un **infierno**.

El pájaro canta aunque el mundo se **destruya**. No porque tenga esperanzas. Porque su ser es su paga.

Ser pájaro es su paga.

Lo mismo digo yo: “*Ser yo es mi paga.*”

Por eso escribo, elijo escribir antes que cazar palomas. Prefiero el otoño y no las **tempestades**.

El ocaso del mundo nos espera sentado. No **apuremos** al tiempo.

Para saber lo que hay escondido basta mirarse uno. Porque es uno el que se esconde.

Nada se **pierde**.

“El placer de los cerdos degollados”

“No se pierde el tiempo, no es verdad. Nosotros nos perdemos hasta que la muerte nos encuentra.”

Fin.

“El placer de los cerdos degollados”

Poema del adiós

El mar se lleva a la gente.

A un desierto.

A una playa.

Hay tormentas que duran todo un día,

Hay hombres que no conocen la lluvia.

El amor salva a los seres,

Solo a través del engaño.

Diciendo que se puede construir en el pantano,

Que el Dios perro no muerde.

Y uno va ahí confiado a acariciarlo,

Sin saber si está vacunado contra la rabia.

Y parece dócil y bueno.

A pesar de todo lo que pasa.

Muy a pesar de la muerte

Parecés bueno, perro...